

la mesa, pálidos y con la mirada vaga, escuchaban. Una sola vez se buscaron con la vista, y en sus ojos fulguraron resplandores sombríos y ardientes. Pequeñas gotas de sudor brotaban en la raíz de los cabellos de Teresa, y glaciales hálitos causaban imperceptibles escalofríos en la piel de Lorenzo.

XI

Algunas veces, el domingo, cuando hacía buen día, Camilo obligaba á Teresa á salir con él, á dar un paseito por los Campos Elíseos. La joven hubiera preferido quedarse en la sombra húmeda de la tienda, porque se aburría del brazo de su marido, quien se complacía en exhibirla por las aceras, deteniéndose á cada momento ante los escaparates con sorpresas, exclamaciones ó silencios de imbécil; pero Camilo, por el contrario, anhelaba pasear con su mujer; y cuando veía al- gundo de sus compañeros de oficina, y especialmente á un jefe, les saludaba muy enorgullecido de que le viesen con su mujer. Por lo demás, iba á paseo por ir, sin hablar una palabra, tieso y embarazado con su traje dominguero, arrastrando los pies, como hombre embrutecido y vanidoso. Teresa sufría.

La señora Raquin, en los días de paseo, acompañaba á sus hijos hasta la salida del pasaje, les abrazaba cual si partiesen para un largo viaje, y les hacía un sin fin de ruegos y recomendaciones.

—Sobre todo—añadía casi siempre,—tened cuidado que no os ocurra algún accidente... ¡Hay tantos coches en este París!... ¡Me prometéis no ir por donde haya mucha gente?...

Y cuando, por fin ellos se alejaban, seguía les con la vista durante largo rato, y después volvía á la tienda; sus piernas ya torpes la impedían acompañar á sus hijos para emprender una larga caminata.

Otras veces, muy raras, los esposos salían de París y llegaban á Saint-Ouen ó á Asnières, á comer pescadilla en alguno de los restaurans situa-

dos en la orilla del río. Esto ocurría en las tardes de gran despilfarro, y hablábase de ello un mes antes del día señalado. Teresa aceptaba más satisfecha, casi con alegría, estas excursiones que la permitían gozar del aire libre hasta las diez ó las once de la noche. Saint-Ouen, con sus verdes islotes, la recordaban Vernón, y conocía que allí se despertaba el cariño salvaje que tuvo por el Sena cuando era muchacha. Sentábase en la misma arena de la orilla, metía sus manos en el río y gozaba con los ardorosos rayos del sol, templados por el fresco ambiente de la enramada. Mientras se desgarraba y ensuciaba el vestido sobre los guijarros y la tierra mojada, Camilo extendía con cuidado su pañuelo en el suelo, y se acurrucaba con gran cautela junto á su mujer. En los últimos tiempos, Lorenzo solía acompañar al matrimonio en estas largas excursiones; sus risas y sus alardes de fuerza de labrador, daban animación al paseo.

Un domingo, después de almorzar, hacia las once, Camilo, Teresa y Lorenzo marcharon á Saint-Ouen; la gira estaba proyectada desde mucho antes, y debía ser la última de la estación.

Los vientos de otoño comenzaban á refrescar la atmósfera por la noche.

Aquel día el cielo conservaba aún su serenidad y su hermoso color azul; hacía calor al sol, y en la sombra se disfrutaba de un ambiente templado. Decidieron disfrutar sus postreros rayos.

Los tres paseantes tomaron un carruaje de alquiler, y acompañados de las recomendaciones y de las cariñosas muestras de inquietud de la vieja mercera, atravesaron París dejando el coche junto á las fortificaciones, y tomaron á pie la ancha carretera que conduce á Saint-Ouen. Eran las doce del día; el camino, cubierto de polvo y vivamente iluminado por el sol, tenía la blancura fascinadora de la nieve; el aire, espeso, acre, quemaba. Teresa, del brazo de Camilo, andaba lentamente, ocultándose bajo su sombrilla, mientras su marido se daba aire con un pañuelo enorme; detrás iba Lorenzo, cuyo cogote mordían los rayos

del sol, sin que él pareciese notarlo siquiera: andaba silbando, pegaba puntapiés á los guijarros del camino, y á veces contemplaba con torvas miradas el provocativo balanceo de las caderas de su querida.

Cuando llegaron á Saint-Ouen, apresuráronse á buscar un grupo de árboles, un tapiz de verde césped tendido á la sombra, y llegaron á una isla, perdiéndose entre la espesa enramada; las hojas caídas formaban en el suelo una capa rojiza, que rechinaba con secos chasquidos, bajo los pies; los troncos se alzaban rectos, innumerables, como haces de góticas columnas; las ramas descendían hasta la frente de los paseantes, que tenían por todo horizonte la bóveda cobriza del follaje moribundo y los fustes blancos y negros de los álamos y las encinas.

Llegaron al desierto, á un rinconcito melancólico, estrecho recinto lleno de silencio y de frescura; sólo se oía alrededor de ellos el monótono murmullo de las aguas del Sena.

Camilo escogió un lugar seco, y sentóse alzándose los faldones de su gabán: Teresa se arrojó sobre las hojas produciendo un gran ruido de enaguas. Casi ocultaba bajo los anchos pliegues de su traje, dejaba al descubierto una pierna hasta la rodilla; Lorenzo se tendió boca abajo, con la barba pegada á la tierra, para atisbar aquella pierna, y escuchaba á su amigo, que se deshacía en denuestos contra el Gobierno, porque no transformaba los islotes del Sena en bellos jardines á la inglesa, con bancos, enarenados senderos y árboles tallados, como en las Tullerías.

Permanecieron allí más de tres horas, aguardando á que el ardor del sol se mitigase, para correr por el campo antes de comer: Camilo, habló de su oficina y contó historias necias; concluyó por sentirse fatigado, y echó la cabeza hacia atrás, durmiéndose, con el sombrero colocado sobre los ojos; Teresa, que tenía cerrados los parpados hacía largo rato, fingía dormir.

Entonces Lorenzo se deslizó suavemente hacia la

joven mujer, acercó los labios y besó su botina y su tobillo; aquel pedazo de cuero, aquella media blanca, le quemaban la boca, y los olores ásperos de la tierra y el sutil perfume de Teresa, mezclándose y penetrando en sus sentidos, le encendían la sangre é irritaban sus nervios. Un mes hacía ya que vivía en enojosa castidad; la caminata al sol por la carretera de Saint-Ouen le había enardecido, ¡y ahora que se hallaba en el fondo de un retiro ignorado, en medio de la gran voluptuosidad de la sombra y el silencio, no podía estrechar contra su pecho á aquella mujer, que le pertenecía! ¡El marido estaba también allí!

¡Quizás iba á despertarse, á verle, á destruir sus cálculos de prudencia! Siempre aquel hombre era un obstáculo! Y el amante, tendido boca abajo sobre el suelo, escondiéndose detrás de las enaguas, tembloroso, irritado, besaba sin ruido la botina y la media blanca. Teresa no se movía cual si estuviese muerta. Lorenzo creyó que dormía; se levantó, con la espalda dolorida, y se apoyó en un árbol; entonces vió á la joven que miraba con vaguedad al espacio, los ojos desmesuradamente abiertos y brillantes; en su rostro, sostenido entre sus brazos levantados, se pintaba una palidez mate y una frialdad rígida. Teresa soñaba despierta. Aquellos ojos fijos, parecían abismos de sombra, donde sólo habitaba la obscuridad de la noche. Ni siquiera se movió. ¡Ni siquiera cambió la mirada para ver á Lorenzo, de pie detrás de ella!

Su amante la contemplaba con verdadero asombro viéndola tan inmóvil y muda á pesar de sus caricias: aquella cabeza blanca y yerla, sepultada entre los pliegues de las enaguas, le producía una especie de espanto preñado de abrasadores deseos. Lorenzo hubiera querido arrojarse sobre ella, y cerrar con sus labios aquellos grandes ojos abiertos pero allí mismo, casi rozándose con las faldas de Teresa, dormitaba también Camilo.

Aquel pobre sér, de cuerpo desfallecido, en extremo delgado, roncaba débilmente; bajo el sombrero que le cubría á medias el semblante, divi-

sábase su boca abierta, retorcida por el sueño con un esguince estúpido; los cortos y contados pelos rojizos que exornaban su barba parecían manchas sucias en su pálida tez; tenía inclinada la cabeza hacia atrás, y dejaba al descubierto una garganta delgada y llena de arrugas, en cuyo centro se movía, subiendo y bajando á cada ronquido, el nudo de la laringe, saliente, de color de ladrillo. Ciertamente, Camilo estaba innoble y asqueroso en aquella postura.

Lorenzo, que le miraba, levantó el pie con brusco movimiento. Iba á aplastarle la faz de un solo golpe.

Teresa reprimió un grito; palideció, cerró los ojos y volvió la cabeza, como para evitar que la sangre la salpicase.

Y Lorenzo que estuvo algunos segundos con el pie levantado sobre el rostro de Camilo, dobló con tranquilidad la pierna y se alejó algunos pasos. Se dijo que aquello sería un asesinato de imbécil, porque aquella cabeza destrozada hubiera sido bastante para alarmar á toda la policía; enhelaba desembarazarse de Camilo únicamente para casarse con Teresa, para vivir libre y feliz, después del crimen, como el asesinato del carretero, cuya historia había referido el viejo Michaud.

Fuése hacia las márgenes del río, contemplando con aire estúpido cómo se deslizaba el agua, y después, de repente, volvió á la plazoleta de árboles; acababa de forjar un plan, de inventar un asesinato fácil y sin peligro para él.

Despertó entonces al que dormía, haciéndole cosquillas en la nariz con una paja: Camilo estornudó se levantó, parecióle excelente aquella broma, porque apreciaba á Lorenzo por sus farsas, que le hacían reír, y en seguida movió á su mujer, que tenía aún cerrados los ojos.

Cuando Teresa se hubo levantado y sacudido sus enaguas surcadas de arrugas y cubiertas de hojas secas, los tres paseantes salieron de la plazoleta, rompiendo á su paso las ramas pequeñas de los árboles

Salieron de la isla, se fueron por carreteras y senderos llenos de gente dominguera; por entre los árboles corrían lindas jóvenes, vestidas con trajes de colores, claros, una escuadra de barqueros pasaban cantando, largas filas de enamoradas parejas, de ancianos, empleados con sus mujeres, á pasos lentos discurrían por allí, al borde de los arroyos, y cada camino parecía una calle populosa y animada con el ruido de la vida. Unicamente el sol conservaba su inmensa tranquilidad: descendía al horizonte, lanzando sobre todo, sobre los caminos y los árboles, un inmenso lienzo de pálido resplandor, y empezaba á caer del espacio una frescura penetrante.

Camilo no daba el brazo á Teresa; hablaba con Lorenzo y se reía de las bufonadas y de los alardes de fuerza de su amigo, quien saltaba los barrancos y levantaba piedras enormes. La joven les seguía por el otro lado del camino, cabizbaja, pensativa y encorvándose á veces para arrancar una hierba. Otras quedábase atrás, y miraba, desde lejos á su amante y á su marido.

—¡Eh! ¿qué, no tienes hambre?—le gritó una vez Camilo.

—Sí,—respondió ella.

—Pues, en marcha...

Teresa no tenía hambre, pero se hallaba fatigada e ignoraba los proyectos de Lorenzo, y no obstante sus piernas flaqueaban.

Los tres paseantes volvieron hacia la orilla del río, y buscaron un restaurant; sentáronse á la mesa en una especie de azotea de maderos, en una taberna que apestaba con el olor de grasa y del vino, y donde resonaban gritos, canciones, ruido de vajilla; en cada gabinete, en cada salón había parroquianos que hablaban en alta voz, y los débiles tabiques solo servían para dar sonoridad vibrante á aquel barullo. Los camareros, al subir, hacían temblar la escalera.

En lo alto, sobre la azotea, la brisa procedente del río disipaba el olor á grasa; Teresa, apoyán-

Teresa Raquin—5

dose en la balaustrada, miraba á lo largo del muelle; á derecha é izquierda se extendían dos hileras de barracas y de kioscos con bebidas; bajo los toldos, y entre hojas ya raras y amarillentas de los árboles, se divisaba la blancura de los manteles, las manchas negras de los gabanes y las faldas de colores vivos de las mujeres; la gente iba y venía con la cabeza descubierta, riendo y corriendo, y al ruido chillón de la muchedumbre se unía el eco de las plañideras sonatas de los organillos. Olor de pescado frito y de polvo seco impregnaba la atmósfera.

Más abajo, Teresa veía varias meretrices del barrio latino, que cantando, daban vueltas en rueda infantil, sobre un tapiz de césped descolorido; con el sombrero en la espalda y el cabello destrenzado, jugaban, cogidas de la mano, como juegan las niñas, y sus rostros pálidos, marchitos por caricias brutales, teñíanse levemente con ese color sonrosado de las vírgenes pudorosas, y en sus ojos impuros relampagueaban destellos de ternura; hasta su voz parecía más fresca.

Algunos estudiantes fumando en pipas de arcilla blanca, las miraban voltear y las dirigían groseros requiebros.

Y más allá, sobre el Sena, sobre los collados, descendía la serenidad de la tarde, una atmósfera azulada y vaga, que envolvía los árboles en vapor transparente.

—¡Eh, mozo!—gritó Lorenzo asomándose al hueco de la escalera:—¿quieres servirnos la comida?

Y súbitamente volvióse á Camilo, exclamando:

—Di, ¿te parece que demos un paseo por el río antes de sentarnos á la mesa?... Así esperaremos á que el pollo esté bien asado; sino tendremos que fastidiarnos esperando más de una hora.

—Como quieras—respondió Camilo con negligencia,—pero Teresa tiene hambre.

—No, no; yo puedo esperar,—apresuróse á contestar la joven, á quien Lorenzo miraba fijamente.

Bajaron los tres, y al pasar por delante del mostrador, fijaron el «menú» de la comida y pidieron

que se les reservase una mesa para cuando volvieran dentro de una hora. Como el mismo tabernero alquilaba canoas, le rogaron que les facilitase una. Lorenzo escogió la más pequeña, cuya ligereza de construcción asustó á Camilo...

—¡Diablo!—exclamó.—No se podrá mover uno ahí dentro, sin exponerse á recibir un soberano chapuzón.

La verdad era que el empleado le inspiraba horror el agua; en Vernón su estado enfermizo no le permitía cuando niño ir á solazarse en las aguas del Sena, y mientras sus compañeros de colegio corrían á zambullirse alegremente en medio del río, él se acostaba entre dos mantas bien calientes. Lorenzo, por el contrario, era nadador intrépido y remero infatigable. Camilo conservaba aún ese miedo invencible que las mujeres y los niños tienen por las aguas profundas. Acercóse á la barca y la tanteó con el pie, queriendo asegurarse de su solidez.

—¡Vamos, hombre!—le gritó Lorenzo riéndose.—¡Entra! ¡Siempre estás temblando!

Camilo, en fin, entró en la canoa, y tambaleándose, fué á sentarse á popa; cuando comprendió que estaba bien colocado, tomó su aspecto habitual, y aun llegó á chancearse, como para demostrar que era hombre de corazón.

Teresa permanecía en la orilla, grave, inmóvil, al lado de su amante, que tenía la amarra entre sus manos; éste, inclinándose hacia ella, la dijo rápidamente con disimulo:

—¡Ten cuidado! ¡Voy á echarle al agua!... ¡Obedéceme! ¡Yo respondo de todo!...

La joven se puso horriblemente pálida, quedóse como clavada en el suelo, rígida, con los ojos desmesuradamente abiertos...

—¡Entra en la barca!—murmuró nuevamente Lorenzo.

Y ella no se movió: una lucha terrible había estallado en su interior, y reunía todas las fuerzas de su voluntad para no romper á llorar y caer en tierra.

—¡Ah! ¡Ah!—grito entonces Camilo:—¡Lorenzo, mira, mira á Teresa; ella es ahora quien tiene miedo!... ¡Que entra! ¡Que no entra!...

Camilo habíase tendido sobre el banco de popa, apoyando los codos en los dos bordes de la canoa, y balanceándose con fanfarronería.

Teresa le lanzó una mirada extraña; la burla de aquel pobre diablo fué como un latigazo que lastimándola la decidió; saltó bruscamente en la lancha y sentóse á proa. Lorenzo empuñó los remos, y el esquife se apartó de la ribera, dirigiéndose lentamente hacia los islotes.

El crepúsculo se acercaba; agrandábase sobre el río las sombras de los árboles; las aguas parecían negras cerca de las orillas, y en medio del río se dibujaban anchas estelas de palidez plateada. La lancha navegó bien pronto en pleno Sena; los ecos rumorosos de los muelles, los cantos, los gritos llegaban hasta allí vagos y melancólicos, impregnados de triste languidez; ya no se oía el olor del pescado frito; y del polvo seco. Llegaban los hálitos de la noche; hacía frío.

Lorenzo dejó de remar y abandonó la canoa á la corriente.

En frente se levantaba la gran masa rojiza de las islas; las dos orillas, sombreadas de color obscuro salpicado de gris, asemejábanse á dos anchas fajas que se reunían en el lejano horizonte: el agua y el cielo parecían inmensos lienzos blanquecinos cortados en una misma pieza. Nada más triste que un crepúsculo otoñal: los rayos del sol palidecen; los árboles envejecidos, dejan caer sus hojas; la campiña, agostada por el calor ardiente del estío, siente la muerte acercarse con los primeros vientos fríos; óyense en el ancho cielo plañideras quejas de desesperación, y la noche desciende de lo alto, llevando en su sombra negros sudarios de muerte. Los paseantes callaban. Sentados en el fondo de la barca, que se deslizaba por la corriente, miraban los últimos resplandores del día desaparecer de las altas ramas de los árboles; se acercaban á las islas; las grandes masas-rojizas volvíanse som-

brías; todo el paisaje se simplificaba en el crepúsculo; el Sena, el espacio, las islas, los collados iban convirtiéndose en manchas oscuras y grises que se desvanecían en medio de una espera niebla.

Camilo, que había acabado por echarse boca abajo sobre el banco, mirando el agua, metió sus manos en el río.

—¡Cáspita! ¡Qué fría está!—gritó.—¡No sería muy agradable un remojón en semejante caldo!

Lorenzo no respondió; desde hacía un rato miraba con inquietud á las orillas, y abría y cerraba sobre sus rodillas sus gruesas manos con movimiento nervioso, apretando convulsivamente los labios. Teresa, rígida, inmóvil, con la cabeza echada hacia atrás, esperaba.

La barca iba á entrar en un brazo del río, oscuro, angosto, abierto entre dos islas, detrás de una de las cuales resonaban los cantos monótonos de algunos banqueros que debían remontar el Sena.

A lo lejos, por arriba, el río estaba libre.

Entonces Lorenzo se levantó y cogió á Camilo por la cintura.

Camilo rompió á reír.

—¡Vaya! ¡Que me haces cosquillas!—dijo.—Basta ya de broma... ¡Acabemos! ¡Que me harás caer!

Lorenzo le apretó más fuerte y le dió una tremenda sacudida; volviése Camilo, y vió el rostro aterrador de su amigo todo contraído. No comprendió todavía, mas un vago temor embargó su ánimo.

Quiso gritar, y sintió una mano ruda que le apretaba la garganta; con el instinto de una bestia que se defiende levantóse sobre las rodillas, y se agarró con fuerza al borde de la barca, luchando así algunos segundos.

—¡Teresa! ¡Teresa!—exclamó con voz ahogada y sibilante.

La joven miraba la lucha, cogida con las dos manos á un banco de la canoa que rechinaba y se tambaleaba sobre el río; no podía cerrar los ojos; contracción invencible, espantosa, la obligaba á tenerlos abiertos, fijos en aquel horrible espectáculo de la lucha; estaba rígida, muda.

—¡Teresa! ¡Teresa!—Volvió á exclamar el desdichado con voz ahogada.

Y Teresa, al oírle entonces este último llamamiento, estalló en sollozos, aflojaronse sus nervios y llegó la crisis que ella temía; temblorosa, estremeada, anonadada, cayó en el fondo de la barca.

Lorenzo empujaba siempre á Camilo, apretándole la garganta, y consiguió, por fin, arrancarle de la barca, y levantarle á pulso, cual si levantara á un niño, con sus brazos vigorosos. Inclino entonces la cabeza, dejando al descubierto el pescuezo, y su víctima, loca de rabia y de espanto, retorciéndose acercó la boca y clavó los dientes en el cuello del asesino; y cuando éste, reprimiendo un grito de dolor, lanzó bruscamente al empleado en el río, los dientes de éste le arrebataron un pedazo de carne.

Camilo cayó, lanzando un grito salvaje, y viósele subir dos ó tres veces á la superficie del agua, exhalando gemidos cada vez más sordos.

Lorenzo no perdió un segundo: levantóse el cuello del paletó para ocultar la herida, y cogiendo en sus brazos á Teresa, aun sin sentido, volcó con el pie la lancha y se dejó caer en el Sèna, teniendo agarrada á su querida, y sosteniéndola sobre el agua mientras pedía socorro con voz lastimera.

Los barqueros, cuyos cánticos habían oído detrás del cabo de la isla próxima, llegaban á todo remo; adivinaron que había ocurrido una desgracia, y salvaron primero á Teresa, que fué colocada cuidadosamente por ellos mismos en un banco de su lancha, y después á Lorenzo, quien fingió desesperarse por la muerte de su amigo. Hizo más aún: arrojóse al agua y buscó á Camilo en sitios donde no podía estar, volvió llorando, retorciéndose los brazos, arrancándose el cabello. Los marineros trataban de tranquilizarle prodigándole palabras de consuelo.

—¡Yo tengo la culpa!—gritaba él.—¡No hubiera debido permitir que ese pobre muchacho saltase y se revoliese en la barca! En un momento, hallán-

donos los tres en el mismo costado zozobró... Al caer, me ha gritado que salvase á su mujer...

Entre aquellos marineros hubo, como suele suceder, dos ó tres jóvenes que juraron haber sido testigos del accidente.

—¡Bien lo hemos visto!—decían ellos.—¡Qué diablo!... una barca no es sólida como un pavimento... ¡Ah, pobre mujer! ¡Vaya un rato que la espera cuando despierte!

Y en seguida empuñaron los remos, y remolcando la lancha, condujeron á Teresa y á Lorenzo al restaurant, donde estaba ya dispuesta la comida.

Todo Saint-Ouen supo la ocurrencia en pocos minutos; la referían como testigos oculares á la compasiva muchedumbre que se apiñaba delante de la taberna, y el dueño de ésta y su mujer, que eran buena gente, pusieron su guardarropa al servicio de los pobres naufragos. Teresa, cuando logró salir del letargo en que estaba sumida, fué presa de un violento ataque de nervios y prorrumpió en gritos desgarradores, siendo necesario acostarla inmediatamente. La naturaleza ayudaba á la sinistra comedia que se estaba representando.

Lorenzo, viendo á la joven más tranquila, confióla á los cuidados de los dueños del restaurant, y quiso volver solo á París, para comunicar la espantosa noticia á la señora Raquín con todas las precauciones posibles. La verdad era que temía la exaltación nerviosa de Teresa, y prefirió dejarla tiempo necesario para reflexionar y aprender su papel cumplidamente.

Los marineros aprovecharon la comida que había encargado Camilo.

XII

Lorenzo, en el rincón sombrío del ómnibus que le llevaba á París, acabó de perfeccionar el plan que había concebido. Contaba ya con su impunidad. Alegría febril y ansiosa, la alegría del crimen realizado, le embargaba. Al llegar á la barrera de Clichy tomó un coche de punto y se hizo conducir á casa

del viejo Michaud, calle de Seine. Eran las nueve de la noche.

El antiguo comisario de policía estaba aún sentado en la mesa, en compañía de Olivier y de Susana. Lorenzo iba allí en busca de protección, por si acaso se llegaba á sospechar de él, y para no tener que ir él mismo á anunciar la terrible noticia á la señora Raquín; este paso le repugnaba en extremo, temiendo ante la desesperación de los demás no poder desempeñar su papel con bastantes lágrimas, y por otra parte, el dolor de aquella madre no dejaba de atormentarle aunque en el fondo le tuviera perfectamente sin cuidado.

Cuando Michaud le vió entrar, vestido con traje grosero y demasiado estrecho para él, le interrogó con la mirada. Lorenzo refirió la triste ocurrencia con voz lacrimosa y como ahogado por el dolor y el cansancio.

—He venido á buscaros—dijo al terminar,— porque yo no sabía qué hacer de esas dos pobres mujeres tan cruelmente heridas... ¡No me he atrevido á ir solo á casa de la madre! ¡Venid conmigo! ¡Yo os lo ruego!

Mientras hablaba, dirigía Olivier miradas fijas, rectas, que le causaban espanto. El asesino se había arrojado por un golpe de audacia que debía salvarle, en brazos de aquella familia de policías. Pero no podía reprimirse y temblaba al observar que todos los ojos estaban clavados en él, creyendo adivinar un gesto de desconfianza, una sospecha, donde había realmente estupor y compasión. Susana, delicada, pálida, estaba próxima á perder el sentido; Olivier, á quien asustaba la idea de la muerte, y cuyo corazón, sin embargo, permanecía frío, inaterable, hacía una mueca de sorpresa dolorosa, y por costumbre escuadrinaba con sus miradas el semblante de Lorenzo, sin sospechar ni remotamente la siniestra verdad; el anciano Michaud lanzaba exclamaciones de dolor, de conmiseración, de asombro, y removíase en su silla, juntando las manos y alzando los ojos al cielo.

—¡Ah. Dios mío!—decía con voz entrecortada

por los suspiros.—¡Ah, Dios mío, qué cosa más horrible! Sale uno de su casa, y á lo mejor, repentinamente, se queda muerto, así de golpe... ¡Esto es horrible!... Y esta pobre señora Raquín... ¿Qué vamos á decir á esa madre? Ciertamente habéis hecho bien en venir á buscarnos. ¡Vámonos allá con usted!

Y dicho esto, se levantó, dió una vuelta por la sala para coger su bastón y su sombrero, y sin detenerse un momento, hizo repetir á Lorenzo los detalles de la catástrofe, prorrumpiendo en nuevas exclamaciones á cada frase que oía.

Bajaron los cuatro. Al llegar á la entrada del pasaje del Pont-Neuf, Michaud detuvo á Lorenzo, diciéndole:

—¡No entréis ahora! Vuestra presencia sería una especie de confesión brutal, que es necesario evitar... La desventurada madre sospecharía al punto una desgracia y nos obligaría á confesar la verdad más pronto de lo debido. Esperadnos aquí.

Esta determinación alivió al asesino, quien se estremecía ante la idea de entrar en la tienda del pasaje: sintió que renacía la calma en su pecho, y se puso á pasear por la acera, de arriba á abajo, con la mayor tranquilidad. Olvidábase por momentos de los sucesos que habían ocurrido; miraba los escaparates de las tiendas; silbaba entre dientes, y aun se volvía algunas veces para ver el rostro de las mujeres que pasaban á su lado. Permaneció así en la calle más de media hora hasta recobrar por completo su acostumbrada sangre fría. Como no había comido desde por la mañana sintió apetito y entró en la tienda de un confitero donde se atracó de pasteles.

Al mismo tiempo ocurría en la tienda del pasaje una escena desgarradora: á pesar de la precaución, de las frases tiernas y amistosas del viejo Michaud, hubo un instante en que la señora Raquín adivinó que alguna desgracia había sucedido á su hijo. Exigió entonces la verdad con arrebatada desesperación y con tal violencia de lágrimas y de gritos que hizo amedrentar á su viejo amigo; y,

cuando ella supo toda la verdad de lo ocurrido, su dolor fué verdaderamente trágico, sollozaba roncamente; fué presa de una crisis de terror y de angustia que la ahogaba, y la obligaba á veces á lanzar un grito agudísimo en medio de los roncamentos que la arrancaba el dolor. Se hubiera arrastrado por el suelo, si Susana no la hubiese sostenido por la cintura, llorando sobre sus rodillas y levantando hacia ella su semblante pálido. Olivier y su padre permanecían de pie como envarados, mudos, apartando su mirada de aquella desgarradora escena, con la cual sufría su egoísmo.

La infeliz madre veía á su hijo arrastrado por las turbias aguas del Sena, con el cuerpo rígido y horriblemente hinchado, y al mismo tiempo, recordábale niño y débil en su cuna, cuando ella se esforzaba por arrojar de allí á la muerte. Ella le había dado la vida más de diez veces, y le amaba con el intenso amor de que eran testimonio elocuente sus desvelos durante treinta años; y he aquí que perecía lejos de ella, súbitamente, en el agua fría y sucia, como un perro.

Acordábase también entonces de las sábanas calientes en que le envolvía; y ¡cuántos cuidados, cuántas zalamerías de puro cariño, cuánta y cuán grande ternura había tenido para con él; y todo para saber en aquel momento que su hijo se había ahogado! Al evocar estos recuerdos la señora Raquin, sentía que su garganta se apretaba, y anhelaba morir, estrangulada por la desesperación.

El viejo Michaud se apresuró á salir, dejando á Susana con la mercera, y dirigióse, seguido de Olivier, en busca de Lorenzo para ir á toda prisa á Saint-Ouen.

Durante el camino, aquellos tres hombres apenas cambiaron algunas palabras; cada uno arrimóse á un ángulo del coche que les conducía y quedaron inmóviles, mudos, sumidos en la sombra que llenaba el carruaje. De cuando en cuando los rápidos resplandores de un mechero de gas iluminaban sus semblantes, que aparecían entenebrecidos por el siniestro acontecimiento que les reunía.

Cuando llegaron al restaurant de la orilla del río hallaron á Teresa acostada, con la cabeza y las manos ardorosas. El dueño del establecimiento les dijo en voz baja que la joven viuda había tenido una intensa fiebre. La verdad era que Teresa, sintiéndose muy débil y cobarde, temiendo confesar el asesinato en una crisis, había tomado el partido de fingirse enferma; guardaba tenaz silencio; tenía los párpados y los labios fuertemente cerrados, no queriendo ver á nadie, temiendo hablar demasiado, y con la sábana hasta la boca y el rostro casi hundido en la almohada, acurrucada, escuchaba con ansiedad lo que alrededor de ella se decía. Y en medio del rojizo resplandor que llegaba á sus ojos, á través de sus párpados, veía siempre á Camilo y á Lorenzo luchando y forcejeando sobre el borde de la lancha; y veía á su marido descolorido, horrible, tieso, irguiéndose amenazador por encima del agua cenagosa. Esta visión implacable activaba la fiebre de su sangre.

El viejo Michaud intentó hablarla y consolarla, y ella, haciendo un ademán de disgusto, volvióse bruscamente y empezó otra vez á sollozar.

—Dejadla, caballero—dijo el dueño del restaurant,—bien veis que se estremece al menor ruido y que tiene necesidad de reposo.

Abajo, en la sala general del establecimiento, hallábase un agente de policía, que instruíra las diligencias del caso acerca del incidente; Michaud y su hijo bajaron, seguidos de Lorenzo, y cuando Olivier se dió á conocer como empleado superior en la prefectura, quedó arreglado todo en menos de diez minutos. Los lancharos estaban allí todavía, contando el naufragio hasta con los más nimios detalles, describiendo cómo cayeron al agua los tres paseantes, y presentándose como testigos oculares. Con tal seguridad referían lo ocurrido, que si Olivier y su padre hubiesen tenido la menor sospecha, esta se hubiera disipado ante las afirmaciones de los marineros. Pero no habían dudado un momento de la veracidad de Lorenzo: al contrario, ellos mismos le presentaron al agente de la policía como

el mejor amigo de la víctima, y tuvieron buen cuidado de hacer constar en el proceso verbal que el joven se había lanzado al Sena para salvar á Camilo Raquín.

A la mañana siguiente, los diarios refirieron el accidente con gran lujo de detalles; la desventurada madre, la viuda sin consuelo, el amigo noble y valeroso, ¡nada faltaba en aquel drama conmovedor que anduvo rodando por las columnas de los diarios parisinos, y que fué por último á enterrarse en los periódicos del departamento!

Cuando estuvo terminada la instrucción de las diligencias, Lorenzo sintió una especie de alegría intensa, que llenó todo su sér de vida nueva; desde que su víctima le había hincado los dientes en el cuello, Lorenzo estaba como rígido, movíase mecánicamente, y sólo el instinto de la propia conservación le sostenía, dictándole sus palabras y aconsejándole sus gestos. Desde aquel momento, ya con la certidumbre de la impunidad, la sangre circuló de nuevo por sus venas con dulce lentitud.

La policía había pasado junto á su crimen y nada había visto, se había engañado, y acababa de dejarle en libertad: estaba salvado.

Esta idea hizole sentir estremecimientos de alegría á lo largo del cuerpo, y calores que devolvían la flexibilidad á sus miembros y á su inteligencia.

Continuó en su papel de amigo desconsolado de la víctima con ciencia y aplomo incomparables. En su interior sentía una satisfacción brutal; y pensaba en Teresa, que estaba acostada en la sala de arriba.

—No podemos dejar aquí esta desgraciada muchacha—dijo á Michaud.—Tal vez esté amenazada de una enfermedad grave, y es absolutamente necesario conducirla á París... Venid á ver si la decidimos á seguirnos.

La joven oyó su voz, y se estremeció abriendo sus grandes ojos para mirarle fijamente. Estaba estremecida y con expresión estúpida.

Se levantó penosamente, sin contestar, y los hom-

bres salieron de la estancia, dejando á la joven con la mujer del tabernero.

Cuando estuvo ya vestida, bajó tambaleándose y subió al carruaje, apoyándose en Olivier.

El viaje fué silencioso; Lorenzo con audacia é impudencia perfectas, deslizó una mano á lo largo de las faldas de Teresa, y la cogió por los dedos...

Estaba sentado en frente de ella, envuelto en una sombra flotante, y no la veía el rostro que la joven inclinaba sobre el pecho.

Cuando cogió aquella mano, estrechóla con fuerza y la conservó entre las suyas, hasta la calle de Mazarine, sentía temblar aquella mano, pues Teresa no le rechazaba, sino que, por el contrario, le oprimía con caricias bruscas. Aquellas dos manos unidas se abrasaban, las palmas se adherían rudamente, y los dedos estrechamente apretados, se lastimaban á cada sacudida.

Parecíales á Lorenzo y á Teresa que la sangre de uno iba á pasar al pecho del otro á través de sus puños crispados, y éstos eran un foco ardiente, donde su vida hervía. En medio de la noche y del silencio, aquel furioso apretón de manos que los dos cambiaban era como un peso aplastante arrojado sobre la cabeza de Camilo, para que no volviese á flor de agua.

Cuando el coche se detuvo, Michaud y su hijo bajaron los primeros. Lorenzo, inclinándose con disimulo hacia el oído de su amante:

—¡Sé fuerte, Teresa!—murmuró.—¡Tenemos aun mucho tiempo que esperar! ¡No lo olvidéis!

La joven aun no había hablado. Abrió los labios, y respondió temblando, con voz leve como un suspiro:

—¡Oh! ¡Ya me acordaré!

Olivier la ofreció la mano, invitándola á bajar del carruaje, y Lorenzo entró esta vez en la tienda.

La señora Raquín estaba acostada y con un violento delirio.

Teresa se arrastró hasta su lecho, y Susana apenas tuvo tiempo de desnudarla.

Lorenzo, completamente tranquilizado viendo que

todo se arreglaba según su deseo, retiróse y se dirigió lentamente á su buhardilla de la calle de Saint-Victor.

Era ya más de media noche, y un viento fresco corría por las calles, desiertas y silenciosas. El joven sólo oía el rumor uniforme de sus pasos resonando en las losas de la acera; la frescura del aire le llenaba de bienestar; y el silencio y las sombras le producían rápidas é íntimas sensaciones de voluptuosidad.

Se había desembarazado de su crimen y había matado á Camilo. Todo aquello era negocio concluido, del cual no se hablaría más. Viviría tranquilo esperando tomar posesión de Teresa.

La idea del asesinato le había sofocado algunas veces; y ahora, que aquello estaba concluido, sentía su pecho desahogado, respiraba á sus anchas, veíase curado de los sufrimientos que la vacilación y el miedo le producían.

En el fondo, realmente estaba como atontado, y la fatiga entorpecía sus pensamientos y sus miembros. Entró, por último en su casa, y se durmió profundamente.

Durante su sueño, ligeras contracciones nerviosas recorrían su rostro.

XIII

A la mañana siguiente Lorenzo se despertó muy fresco y bien dispuesto. Había dormido bien.

El aire frío que entraba por la ventana del cuarto fustigaba su sangre entorpecida. Apenas se acordaba de las escenas de la víspera, y sin el escozor ardiente que le quemaba el cuello hubiera podido creer que se había acostado á las diez de la noche, después de una velada tranquila.

La mordedura de Camilo era como un hierro incandescente aplicado á su piel: y cuando fijó su pensamiento en el vivo dolor que lo producía sufrió cruelmente, como si una docena de agujas penetrasen poco á poco en su carne.

Batió el cuello de su camisa, y miróse la herida

en un mal espejo de quince sueldos colgado en la pared. La herida parecía un agujero rojo, ancho, del tamaño de una pieza de diez céntimos. La piel había sido arrancada, y la carne aparecía rosácea con manchas negras, especie de hilillos sanguinolentos que se deslizaban hasta el hombro.

Sobre el cuello blanco destacábase la herida con un tinte oscuro y sombrío, situada en el lado derecho, algo más abajo de la oreja...

Lorenzo, encorvado y alargando el cuello, se miraba en el espejo verdoso que daba á su cara una expresión siniestra.

Satisfecho de su examen, se lavó, diciéndose que la herida estaría cicatrizada en pocos días. Luego se dirigió á su oficina como de ordinario. Allí refirió el accidente con voz conmovida. Cuando sus compañeros de oficina leyeron el suelto que circulaba por la prensa, relativo al suceso, consideraron á Lorenzo como á un héroe. Durante una semana los empleados del ferrocarril de Orleans no tuvieron otro asunto de conversación; estaban orgullosos de que uno de los suyos se hubiese ahogado...

Grivet no dejaba de predicar acerca de la imprudencia de aventurarse en la corriente del Sena, cuando tan fácil es ver cómo se desliza el agua desde los puentes.

Pero Lorenzo sentía una inquietud: el fallecimiento de Camilo no se había podido comprobar oficialmente.

El marido de Teresa estaba bien muerto; mas el asesino hubiera querido encontrar el cadáver para que se levantase acta del fallecimiento. Habíase buscado en vano el cuerpo del ahogado; creíase que estaría sepultado en el fondo de algún agujero de los ribazos de las islas, y los desocupados registraban activamente el Sena por ganar la prima.

Lorenzo se impuso la obligación de pasar todas las mañanas por la Morgue, al dirigirse á su escritorio, y á pesar de la repugnancia que sublevaba su corazón, á pesar de los estremecimientos de asco que le sacudían, fué puntualmente, durante ocho